

Agradecimientos

Este libro constituye el último peldaño de lo que, por ahora, conforma mi recorrido investigador alrededor de la memoria histórica española y la literatura del siglo xx y xxi. Es también un ensayo basado en aquellas primeras reflexiones de mi Trabajo Fin de Máster, llevado a cabo en la Universidad Complutense de Madrid bajo la dirección de la profesora Carmen Mejía Ruiz, a quien agradezco su compromiso, su dedicación y su entusiasmo en mi proyecto. Gracias por presentarme a estas escritoras en clase, con tantísimo cariño, transmitiendo una pasión tan única como necesaria.

Esta es una investigación sobre el protagonismo de las mujeres en una historia llena de olvidos y silencios. Por ello, no quería olvidarme de agradecer a la Unidad de Igualdad de la UCM por su incansable esfuerzo para fomentar el reconocimiento de trabajos con perspectiva de género dentro de la universidad. Querría expresar mi agradecimiento, también, a Ediciones Complutense, responsable de que esta publicación haya sido posible, y a todas aquellas fundaciones, archivos y museos que respondieron a mis preguntas y facilitaron la gestión de este libro.

Una primera aproximación a algunas de las tesis centrales que pueden encontrarse en este ensayo empezaron a gestarse en mi Trabajo Fin de Grado por la Universidad de Barcelona, dirigido por el profesor Francisco Amella. A él y a la profesora Diana Berruezo les agradezco que sembraran en mí aquellas primeras preguntas que me encaminarían hacia mis temas de investigación actuales.

A mis padres les agradezco su apoyo incondicional, su confianza y sus llamadas de ánimo. Gracias por coger un tren para estar presentes en los días

<https://dx.doi.org/10.5209/hei.005.00>

Los nombres borrados. Olvido y silencio en la poética de María Enciso y de Carmen Conde. Mar Roda Sánchez. © Ediciones Complutense, 2025.

importantes y, sobre todo, por llenar la casa de libros. Incluso cuando ya no caben más estanterías.

A mi hermana, por acompañarme al Cementerio de la Almudena, sin queja alguna, un mediodía de agosto. Y a mi tía, por contarme tantas y tantas historias de familia.

A mis amigas, por su paciencia y cariño cada vez que estas páginas me han impedido dedicarles el tiempo que merecen.

Y a Fran, por nuestras conversaciones infinitas.

La primera vez que escribí sobre olvidos y silencios hablaba de un bisabuelo panadero al que no conocí, pero que imaginaba pasando cada mañana, cabizbajo, frente al monumento franquista de una plaza melillense. Caídos por la patria y el nombre de un hermano pequeño, quince años, y un cuerpo perdido, olvidado por algún monte de no se sabe dónde. No lo escribí entonces, pero pienso también en las cuevas de la sierra granadina, en esos monstruos que mis abuelos temían de pequeños y que, al final, eran vecinos escondidos. Pienso en dónde acabarían. Si esos huecos en las montañas eran la escapatoria o la condena. Me imagino a María Enciso, de la mano de su hija, cruzando las olas mientras ve, a lo lejos, la sombra de una Europa que quiso y que defendió pero que no volvería a pisar nunca. Me imagino a Carmen Conde, encogida entre las piedras de El Escorial, evocando esa línea del horizonte donde el cielo se junta con el mar mientras firma un último escrito con el seudónimo que oculta su nombre. A todos esos nombres borrados que escriben insistentemente su historia. Gracias.